

El discurso de Larrazábal

Euzko Gaztedi, 1965-06: 2.

Este discurso o juramento de Larrazábal fue, digamos, el primer acto público del nacionalismo vasco.

En la tarde del 3 de junio de 1893 fueron llegando al caserío de Larrazábal, en Begoña, (donde había vivido el famoso guerrillero carlista "Kaballuko") diecisiete hombres. No era sólo para comerse la *apari-merienda* que estaban preparando en la cocina, sino a escuchar las razones que tenía Sabino de Arana, un joven de 28 años, para escribir su reciente libro titulado: "Bizkaya por su independencia".

Sabin, que no era un improvisado, trajo un discurso escrito, y en los postres lo leyó.

Nos quedan de este acto fundamental para la vida del nacionalismo vasco un folleto¹ y un artículo que firme "Jeltzale Bat" en la revista "Euzkadi" del mes de octubre de 1907;² según este relato, "los amigos le increparon con cierta dureza por sus atrevidas doctrinas, llamándole poco menos que loco y visionario", y fue "rechazado y abandonado por sus mismos anfitriones".

Y añade luego que Sabin y su hermano Luis regresaron de Larrazábal solos.

Este primer acto público de Sabin fue, pues, también su primer desengaño

* * *

Este de la incompreensión es el signo que distingue a los innovadores, a los que están por encima de la limitación que impone lo establecido; el signo que distingue a los videntes, a los que por intuición, por esa síntesis que está al margen de un proceso meramente racional, alcanzan metas que están más allá de la experiencia consciente; este es el signo con que ha distinguido a menudo la historia a los que, tanto en el orden religioso, en el social o en el político, han promovido cambios fundamentales en la vida de los hombres.

Pero este signo que distingue frecuentemente a los innovadores y a los videntes no es siempre la señal de los que previeron e innovaron con acierto, porque esta marca que distingue a los que respondieron a una necesidad de sentido histórico han tenido además, más o menos tarde, la señal definitiva del reconocimiento.

Dice Jemein en su libro que la mayoría de los hombres que rechazaron a Sabin en Larrazábal se hicieron luego nacionalistas, y podemos decir nosotros, los que en el centenario de su nacimiento somos sus seguidores, que el segundo signo de los que han tenido el carisma de un conductor de hombres se ha cumplido en Sabin con generosidad.

* * *

¹ "Discurso de Larrazábal", folleto de 16 páginas, 1892 (Debe ser 1893).

² Tanto esta referencia como la anterior la obtengo del libro: "Biografía de Arana Goiri'tar Sabin e Historia Gráfica del Nacionalismo", Ceferino de Jemein y Lanbarri, Bilbao 1935.

En ese discurso comienza Sabin dando cuenta del proceso de su evolución política. Con visión certera de proselitista, a estas preocupados fueristas comenzó hablándoles de su extracción carlista, de sus conversaciones con Luis, su hermano, y de la forma en que se fue abriendo a su comprensión primero, y a su poderoso sentimiento después, la verdad histórica, y las consecuencias étnicas y culturales que se derivan.

A pesar del acierto con que presentó su tesis política, aquellos hombres que lo escuchaban en Larrazábal no pudieron digerir el revolucionario concepto del ser vizcaíno (que es el ser vasco) que entrañaba su tesis. Era un vuelco demasiado grande y demasiado repentino para ser entendido y aceptado en una sola sesión.

Y Sabin regresó solo, con su hermano Luis.

Pero no se resignó por eso a quedarse en esta etapa inicial de su trabajo; el dolor que le produjo esa incompreensión fue la base sólida, fortalecida, sobre la que se apoyó el espléndido sacrificio al convertirse en el aguijón, en el inquietador de conciencias, de su pueblo.

De las pocas referencias a este discurso que he podido reunir hay una, bastante conocida que seguramente ofrece el aspecto más significativo del espíritu de rebeldía, desprendimiento y fervor que animaba a Sabin en esta cena de Larrazábal en la que fue herido, fecundamente herido, por aquel desamparo:

"Yo no quiero –dijo– nada para mí, todo lo quiero para Bizkaya; ahora mismo, y no una sino cien veces, daría mi cuello a la cuchilla sin pretender ni la memoria de mi nombre, si supiese que con mi muerte habría de revivir mi Patria".³

Este gesto desafiante, hasta bravío, de quien se ha entregado a su fe con todas sus consecuencias, no quedó, como quedan algunos gestos, en puras palabras.

Sabin cumplió con el deber que le impuso su convicción y su fe poniendo en marcha la poderosa voluntad que le llevaría en sólo diez años, pero diez años de vida activa y fecunda, a morir en Sukarrieta sin tiempo de ver con sus ojos la portentosa cosecha que iba a rendir aquella semilla de sacrificio y de dolor que puso en el humilde surco del caserío de Larrazábal aquella tarde del 3 de junio en que una quincena de amigos lo invitó a exponer sus ideas.

Ideas motoras de rumbos nuevos para los pueblos.

³ "De su alma y de su pluma", E. Verdes Achirica, Bilbao, 1932.